

7/759 10 copias

Enrique E. Mari

Papeles de filosofía
(... para arrojar al alba)

El positivismo

Editorial Biblos

10

épistémologique" de Gaston Bachelard por el de *coupire épistémologique*", para designar el hecho teórico-histórico del conocimiento de una ciencia y del sintoma visible de su salida de la prehistoria.

e. Demarcación entre ciencia e ideología. Conceptualización del carácter material de la ideología y de su modo de funcionamiento como "representación" de la relación imaginaria de los individuos con sus condiciones reales de existencia.

f. Reemplazo de la lectura hermenéutica por la sintomática.

g. Privilegio de una filosofía del concepto que se haga cargo del campo estructurado del saber como campo multitrascendental sin sujeto.

h. Exclusión del historicismo al basar la historia en el principio de la variación de las formas de la combinación de los elementos de la estructura social.

i. Reconocimiento de la ciencia como proceso de producción y no como producto formado de corte popperiano.

j. Asignación de estatuto teórico al conocimiento frente a la filosofía empirista de la representación y la *"picture theory"* del lenguaje.

k. Coincidencia con la última etapa de la epistemología contemporánea (concepción no enunciativa de las teorías, de Wolfgang Stegmüller, C. Ulises Moulines y Joseph D. Sneed) en la inclusión por el aparato conceptual de las teorías de sus condiciones de aplicación.

l. Modelo económico de revolución científica frente al modelo político de Thomas Kuhn.

ll. Recorte del discurso epistemológico sobre las ciencias sociales.

Algunos de esos puntos, sin duda, han sido corregidos, sometidos a prueba y desestimados. Otros son susceptibles de debate y discusión. Pero la influencia ejercida mediante ellos por Louis Althusser demuestra la presencia irrecusable de su perfil en la historia de las ideas sociales de nuestro siglo.

EL POSITIVISMO

1. En la historia de las ideas toda tendencia filosófica relevante tiene que ser definida por aquellos principios que sus autores y promotores más importantes consideraron esenciales en la demarcación de la corriente y que, por ende, suelen aparecer con carácter recurrente en la masa de argumentaciones que nutren sus discusiones, sus textos y los de los futuros exponentes. Luego de sedimentada la tendencia, se suele transformar en tradición, y esos principios básicos actúan a la manera de un test por el cual se juzga el régimen de pertenencia de un pensamiento o un autor dado a la referida doctrina filosófica.

Un cuadro tan homogéneo, lineal y transparente como el que queda expresado no deja de ofrecer, sin embargo, muchas excepciones y, entre ellas, la del positivismo constituye un ejemplo no precisamente secundario. Lo que ocurre con más frecuencia en relación con esta doctrina es que autores reconocidos como positivistas rechazan aspectos fundamentales del modelo y, a la inversa, otros que están muy lejos de ser estimados como tales defienden franjas conceptuales del mismo no menos importantes.

En varias oportunidades se ha intentado explicar esta ambigüedad o paradoja. Comencemos por la explicación brindada por John Stuart Mill, discípulo dilecto y amigo de Augusto Comte, hasta el momento de su sonora ruptura con motivo de las discrepancias que mantuvieron a causa del papel y el valor que asignaban a la mujer en las sociedades. En *Comte y el positivismo*, observa que desde que fueran creadas por Comte expresiones como "positivismo" y "filosofía positivista" se constituyeron por cierto en símbolos que caracterizan una

manera de pensar de la que no se puede prescindir cuando se trata de discutir los grandes problemas filosóficos aunque, en rigor, no se sepa demasiado bien qué representan. Para Mill esta aparente ambigüedad sobre la certeza de las denominaciones "positivismo" y "positivo" se debe a que estos términos son más conocidos a través de los enemigos de este modo de pensar que, a través de los que simpatizan con él, lo que determina, como veremos, que un pensador que nunca se ha designado a sí mismo como tal y que se hubiera cuidado mucho de ser confundido con quienes comparten esa denominación, se encuentre contra su voluntad clasificado como positivista y atacado en tal carácter.¹

Por su parte, Moritz Schlick, representante contemporáneo del intento más profundo de renovación de la corriente, a través del positivismo lógico, ofrece una explicación más precisa sobre esta ambigüedad, vinculándola con la nueva problemática creada a partir del Círculo de Viena por el presido. En el devenir histórico, aduce, los principios del positivismo no se conservaron inmutables y, ya sea por ampliación o por restricción, su sentido se alteró gradualmente. En un momento dado se plantea la cuestión de saber si se habla del desarrollo de la misma tendencia que conserva su denominación tradicional, o si estamos frente a una nueva orientación. La coexistencia de una nueva formulación con la "ortodoxa" que mantenga la forma y los significados originales no resulta problemática. Pero cuando los partidarios de las diferentes tendencias confunden los postulados y principios, y cada uno escoge los enunciados que le resultan favorables para la defensa unilateral de sus puntos de vista, se producen malentendidos y todo desemboca en confusiones. La solución propuesta por Schlick a fin de superar esta situación no difiere de aquello que precisamente indica la novedad del positivismo lógico frente al positivismo clásico: a saber, seleccionar y diferenciar los principios y someter a prueba su significado y verdad.

1. Francis Bacon, *Advancement of Learning*, The University of Chicago, 1952.

Según esta nueva versión del positivismo, toda la filosofía, en efecto, es una actividad que consiste en aclarar el significado de las proposiciones, en determinar el sentido de los enunciados que deben verificarse por la ciencia. Significado y verificabilidad, reglas que correlacionen expresiones lógicamente significativas con estados empíricamente observables, conforman un método general aplicable en todos los poros de la filosofía, que permite formular interrogantes auténticos, evitando articular series de palabras metafísicas sin sentido. De ahí que corresponda aplicar este mismo método cuando se trata de diferenciar la nueva corriente de la "ortodoxa". Con lo cual en los desarrollos tradicionales, como el relativo a qué debe entenderse por enunciados del tipo "Es gibt nur das gegebene" ("Sólo hay lo dado"), o la disputa entre "el positivismo" que no cree en la realidad del mundo exterior y "el realismo" que cree en ella.²

Para C. Ulises Moulines, destacado profesor de Filosofía de la Ciencia en la Universidad Libre de Berlín, también existen dificultades de comprensión sobre el uso de la palabra "positivista", un uso contradictorio en la literatura pues no se ha comprendido la clarificación de su naturaleza, a pesar de su difusión en el mundo actual. El error sustancial consiste en considerarlo como un conjunto de tesis establecidas por escrito en algún sitio, en lugar de lo que es en rigor: una determinada actitud que ha evolucionado mucho a través del tiempo. Más que sistema, el positivismo es un actitud, un talante, un estilo indefinible por un par de rasgos generales apto sólo para manuales de divulgación.

De acuerdo con Moulines, en el contexto de las modernas filosofías de la ciencia, como la del ejemplo dado del Wiener Kreis, hay que considerar los orígenes históricos no en la figura del supuesto creador de la filosofía positivista, Augusto Comte, sino en los trabajos de investigación de los fundamentos de las ciencias empíricas, emprendidos antes y después de

2. Bernardette Bensaude, Jean-Paul Enthoven y Michel Serres, "Auguste Comte y el positivismo", *Historia de la filosofía*, México, Siglo XXI, 1980, cap. VIII.

él.* Aun dentro de estos límites, la propuesta de Moulines implica por cierto una clara disminución de la figura de Comte que, aunque compartida por otros autores, resulta injusta en el mismo grado quizá que la autoestima inversa que se tenía el creador del *Cours de philosophie positive*.⁴ Sobre este rasgo de su personalidad pueden encontrarse constancias en algunas anécdotas que narra Wolff Lepenies en *Die Dret Kulturen. Soziologie zwischen Literatur und Wissenschaft*.⁵ Sin haber publicado algo, Comte ya estaba seguro de su éxito, y no bien habían salido a luz algunos de sus libros los consideraba clásicos. No se percibía continuador de Descartes, sino quien había dado término o perfeccionado su pensamiento. Apreciaba la ayuda pecunaria que recibía de Mill como algo normal y obligatorio para un discípulo. En una oportunidad, recibió una carta dirigida a "M. Auguste Comte, auteur du système de politique positive, à Paris". Se sintió adulado, pero no dejó de mencionar con envidia que en el caso de Newton bastaba la dirección "Europa". Comte estaba enamorado de Clotilde del Vaux, pero sus cartas de amor eran tratadas. No sin ironía, observa Lepenies: "Bescheidenheit war nicht Comtes Stärke" (La modestia no era fuerte en Comte).

Pero, abandonando esta rápida digresión, la propuesta de Moulines tiene, con todo, el inconveniente de pensar las ciencias empíricas como ciencias físico-naturales exclusivamente. Así, un aspecto nosológico, crucial de doctrina, como el lugar que Comte acordara, bajo el nombre de física-social, a la sociología en la clasificación de las ciencias, y por ende el debate aún vigente sobre las condiciones metodológicas de cientificidad del pensamiento social, su estatuto cognoscitivo, queda al margen. Asimismo permanece sin dilucidar si su ambición, compartida con Saint-Simon, de haber fundado una ciencia del

3. Georges Canguilhem, *Études d'histoire et de philosophie des sciences*, París, J. Vrin, 1975.

4. Auguste Comte, *Cours de philosophie positive*, París, Scheitler Frères, 5ta. ed., 1907.

5. Wolff Lepenies, *Die drei Kulturen. Soziologie zwischen Literatur und Wissenschaft*, Munich, Rowohlt Enzyklopädie, 1985.

hombre, una moral y una política positivas, se había o no logrado legítimamente. Por este motivo, no nos circunscribiremos a estudiar el positivismo en relación con la epistemología, optando por un cuadro filosófico más general. Además sí, como afirma Moulines, el positivismo es más una actitud que un sistema, resulta prácticamente imposible captar esta actitud al margen de la personalidad y la obra de Comte. En efecto, entre el positivismo como "actitud filosófica" y la figura de Comte prácticamente se tiende una línea y esta circunstancia, en la que se traducen tanto los aspectos negativos como los positivos de él difícilmente se registre con caracteres tan netos en otros casos de la historia de la filosofía. A distancia de Moulines, Littré, no menos que Stuart Mill y Pierre Laffitte, consideraba que hablar de positivismo y hablar de Augusto Comte era lo mismo, y aun cuando esto pudiera percibirse como exageración de discípulos, quedan pocas dudas acerca de que su nombre se identifica más que cualquier otro con este tipo de pensamiento, lo que induce a revisar los principales puntos desarrollados por él.

2. En su "Prefacio de un discípulo" de 1864 al *Curso de filosofía positivista*, Émile Littré suministra en un párrafo la mejor clave para hacer inteligible el sentido de la filosofía positivista de Comte, vinculándola con el contexto político y la situación de crisis social y moral que sucediera a la Revolución Francesa. La idea de reorganizar la sociedad de acuerdo con el grado de desarrollo a que habían arribado las ciencias, la de afirmar su triunfo en la estabilidad y la de aventar todo riesgo de retorno al pasado todavía temido ocupaban el centro de esta doctrina.

La filosofía positivista, nos aclara, es el producto y el remedio a la vez de esta época agitada. Los terrores que asaltan al hombre reflexivo y a las masas irreflexivas no carecen de fundamento. Sacudidas prolongadas, esperanzas frustradas, fluctuaciones sin pausa, he aquí lo que se percibe. En una palabra: el miedo a que regrese una época histórica que se repele, y la incertidumbre por un porvenir que no se puede definir. "En esa inestabilidad, la filosofía enlaza toda la estabi-

idad mental y social con la estabilidad de la ciencia, que es el punto fijo dado por la civilización antecedente. Cuando digo la filosofía positiva entiendo Augusto Comte y este libro que prologo; no sería justo ocultar bajo un término impersonal el elogio debido a un gran hombre y a un servicio supremo".

En esta forma queda trazada la línea que separa dos siglos. El XVIII, revolucionario y negativo. El XIX, organizador y positivo. En el primero se produce el derrumbe por la fuerza de la monarquía absoluta, y es calificado de negativo porque se niegan y rechazan todos los planos del antiguo modelo medieval y premoderno. En el segundo, la positividad no queda únicamente anclada a las cuestiones de filosofía positiva, del método científico de observación y experimentación heredado de Francis Bacon, sino al hecho de que con el silencio de las armas se abre el paso a la organización y administración de la sociedad en la multiplicidad de sus fuerzas productivas. Todo incluido en la lógica de una palabra, "industrialismo", en la que Saint-Simon, autor de *Du système industriel* y *Catéchisme des industriels*, concentraba los fines legítimos de la sociedad y la auténtica naturaleza del progreso. Al impulso anterior necesario pero salvaje de la guerra, debía suceder el cálculo civilizado, la fuerza vital del comercio, la banca, las instituciones administrativas, la aplicación de la inteligencia a la prosperidad económica, a la formación de las riquezas materiales y a la educación popular, como lo habían vislumbrado Benjamin Constant, Jean-Baptiste Say y Charles Dunoyer, entre otros precursores.

Comte se instalaba en el centro mismo del espíritu de este siglo XIX, y alcanzado por un ancho haz de influencias afectivas e intelectuales recíprocas con Saint-Simon, de quien fuera secretario hasta 1824, no abrigó dudas sobre la preponderancia de la filosofía positiva convertida en tal desde Bacon. Tuvo devoción por su método empírico, compartiendo los ataques del autor de *Advancement of Learning* contra el escolasticismo aristotélico a causa de su lógica compleja y artificial, su teología racional considerada superficial para el hombre de fe, e inconcluyente para, el no creyente, su física abstracta y no

empírica, y su ascético sistema de valores. Juzgaba que su influencia era tal que, incluso, los metafísicos sólo podían aguardar la postergación de su decadente pretendida ciencia por un acto de encantamiento en el que presentaran sus doctrinas como si también ellas estuvieran fundadas en la observación de los hechos.

Al finalizar el primer semestre de 1840, Comte ya tenía terminada la redacción del primer tomo de su obra *Capital*, el citado *Curso de filosofía positiva*, al que le seguirán cinco nuevos volúmenes en un período que se extiende hasta doce años después. Muchos años antes, sin embargo, el contacto que tenía a través de sus colaboraciones en *Le Politique*, en el *Censeur Européen*, con el proyecto dirigido por Saint-Simon, se quebra. Para Saint-Simon los trabajos anónimos de Comte formaban parte de un plan general bajo su dirección. Su discípulo desea, en cambio, lograr la independencia intelectual, alcanzar su madurez, producir su propia obra. No lo satisface ser visto bajo el cliché de "Saint-Simon piensa, Comte escribe". Para lo que a los ojos de Comte es una obra original y personal, para Saint-Simon no es más que la continuación de trabajos que tienen por finalidad concluir la fundación del sistema industrial. Comte ve cada vez más lo que hay de particular en sus escritos, y cada vez menos lo que hay de común en la empresa. Luego de reivindicar su derecho a firmar sus escritos llega el año 1824 cuando estalla la ruptura, habiendo declarado Comte que desde cuatro o cinco años antes no tenía nada que aprender de Saint-Simon. Siguiendo, empero, su línea, estudia a Adam Smith, Jean-Baptiste Say, Hume, Robertson y Ferguson, dirige su mirada a los tradicionalistas Bonnard, La Mennais, Joseph De Maistre. Quiere lograr una cultura enciclopédica. En lugar de extraer los intereses y deseos individuales y sociales de los hombres de la fisiología, como Saint-Simon, se desinteresa de lo inorgánico y pone el acento en lo orgánico, en las ciencias de la vida. Permanece alumno de Lagrange y Poinsolet. Estudiar la teoría analítica del calor de Fourier.

Algunas ideas básicas del *Curso*... —ya las había dado a

conocer en la primera parte de su Sistema de política positiva en 1822, un trabajo al que denomina "Opúsculo fundamental", prueba de la importancia que le atribuía y, al producirse la separación, lo reimprime y comunica a cierto número de científicos y filósofos europeos. Como ninguna de las dos primeras ediciones habían sido editadas oficialmente abre el Curso... con una breve sección, "Advertencia del autor", donde insiste en la efectiva publicación del "Opúsculo" en circuito cerrado y poco conocida por el público, para acreditar la paternidad de los principios relativos a la renovación básica de las ideas sociales.

La fuente de la ansiedad de Comte se comprende en los fragores de la disputa de paternidad con su viejo maestro. Entre las ideas fundamentales que artesgan ser confundidas con las investigaciones posteriores de los saintsimonianos (a los que no nombra) figura la ley de los tres estadios, que junto con la clasificación de las ciencias debía conducir a la creación de la nueva "física-social", la mencionada futura sociología. Sin esos elementos, debía renunciar al papel de fundador de la filosofía positivista, que se erigía como alternativa a la filosofía de la Ilustración ya que, aunque continuándola, intentaba limitarla con dos tipos de protocolos de control: protocolos de control científico para limar las aristas más especulativas del racionalismo metafísico de esa filosofía, y protocolos de organización positiva, para redefinir en términos de orden su fuerza crítico-revolucionaria y, como véramos, "negativa".

El auge y la preponderancia del positivismo perdura en la segunda mitad del siglo XIX y se extiende a comienzos del XX, influyendo y absorbiendo al mismo tiempo los espíritus más notables de la época. Los más importantes científicos integran el auditorio de Comte y son citados en la "Advertencia". Además de los mencionados Poincaré, Blainville y Fourier, secretario perpetuo de la Academia Real de las Ciencias, se encuentran Alexandervon Humboldt, el naturalista; Broussais, de quien adopta el principio de que los fenómenos de la enfermedad coinciden esencialmente con los de la salud, difiriendo sólo en intensidad; Esquirol, el fundador junto con

Pinel de la escuela de psiquiatría francesa, quien lo asistirá en su clínica de su malestar mental en un período en el que Comte debió interrumpir la redacción del Curso. Binet, por último, psicólogo y colaborador de Charcot.

3. La ley de los tres estadios y la clasificación de las ciencias constituyen los parámetros con los que se debe juzgar cualquier intento de esclarecer la versión comteana de la filosofía positivista. Por esta filosofía Comte entiende un cuadro de la historia real del espíritu humano, un auténtico fresco del desenvolvimiento de la civilización sujeto a una evolución natural, descifrable, basada en ella. El espíritu humano tiene una marcha progresiva que debe enfocarse en su conjunto. Al estudiar el desarrollo total de la inteligencia humana, en las más diversas esferas de actividad y desde su surgimiento más simple hasta nuestros días, Comte asegura haber descubierto una necesidad invariable, de la que hay pruebas racionales suministradas por el conocimiento de nuestra organización o por verificaciones históricas atentas del pasado. De acuerdo con ella, cada rama de nuestros conocimientos pasa sucesivamente por tres estadios, el teológico o ficticio, el metafísico o abstracto y el científico o positivo, de donde se derivan tres métodos de filosofar esencialmente diferentes. En el primero, el espíritu humano dirige su búsqueda hacia la naturaleza íntima de los seres, hacia las causas primeras o finales, en una palabra, hacia los conocimientos absolutos, en los que se representan los fenómenos como productos de la acción directa y continua de agentes sobrenaturales, cuya intervención arbitraría explica todas las anomalías aparentes del universo. En el estadio metafísico, los agentes sobrenaturales quedan reemplazados por fuerzas abstractas, entidades o abstracciones personificadas, inherentes a los diversos seres del mundo y concebidas como capaces de engendrar por sí mismas todos los fenómenos observados. En el estadio positivo, el espíritu renuncia a nociones absolutas, a buscar el origen y destino del universo, a conocer las causas íntimas de los fenómenos. Ahora, se limita a descubrir, por el uso combinado de razona-

miento y observación, las leyes efectivas del desenvolvimiento, las relaciones invariables de sucesión e imitación. La explicación de los hechos se reduce a sus términos reales. En adelante, no será más que el enlace establecido entre los diversos fenómenos particulares y algunos hechos generales (*Cours*, primera lección).

La clasificación de las ciencias, articuladas en una jerarquía enciclopédica opera como un enrejado de inteligibilidad de este progreso y desenvolvimiento. Idea de progreso que se inserta en dos niveles: en el histórico, satisface el devenir humano; en el metodológico, se integra en la elaboración lenta y despaciosa de una astronomía, una física, una química, una fisiología y una física-social que da acabanamiento al sistema. El "Opúsculo fundamental" ya señalaba de este modo un triple progreso con respecto a los textos anteriores: se define el estadio metafísico, se establece la existencia de la física-social, se relaciona íntimamente la ley histórica con la escala enciclopédica. La articulación, el papel de gozne entre el plano histórico y el epistemológico, hace que entre la ley de los tres estadios y la clasificación de las ciencias exista una interdependencia recíproca: no se concibe escala enciclopédica sin ley de los tres estadios; a su vez no hay ley de los tres estadios sin la verificación completa de la escala enciclopédica, cada uno de cuyos tramos científicos esenciales aporta una cuota de sentido al total.

El rasgo esencial del *Curso de filosofía positiva* es la sustitución de causas por leyes, el mirar todos los fenómenos como sujetos a leyes naturales invariables. Pero Comte supone que no sólo las ciencias sino el arte de clasificarlas está sujeto al orden positivo. En su taxonomía los fenómenos se clasifican en un pequeño número de categorías naturales, dispuestas de un modo tal que el estudio racional de cada categoría está fundado en el conocimiento de las leyes principales de la categoría precedente y se convierte, a su turno, en el fundamento del examen de la siguiente. La dirección va de los fenómenos más generales o más simples a los más particulares o complicados.

Ahora bien, como los fenómenos más complejos son los políticos y sociales, y el espíritu humano ya ha fundado la física celeste, la física terrestre—sea mecánica o química—y la física orgánica—sea vegetal o animal—, Comte tiene que coronar su sistema de las ciencias de la observación fundando la física-social. Dos palabras del "Opúsculo" condensan las razones profundas por las cuales la reforma positiva tenía que llegar en última instancia a los fenómenos sociales, a saber, porque "ellos dependen de todos los otros". Estas dos palabras retratarían entranas mismas de la reflexión de Comte: la regla de formación de los fenómenos sociales es la misma regla que la de la formación de los fenómenos físicos.

Parafraseando y modificando a Galileo en *Il Saggiatore*, se puede decir que la sociedad es un gran libro escrito en caracteres físicos. El "Opúsculo", en efecto, expresa que la ciencia política debe contemplarse como una física particular fundada en la observación directa de los fenómenos relativos al desarrollo colectivo de la especie humana, que tiene por objeto la coordinación del pasado, y por resultado la determinación del sistema que la marcha de la civilización tiende a producir hoy. La física-social, la política, son tan positivas como cualquier otra ciencia de la observación. Se comprende fácilmente todo el sentido conservador y estabilizador que acompaña la genealogía de las ciencias en Comte (equivalente al de las corrientes organicistas en general), en tanto la inaugura repontiendo una ficción que había encontrado en la etapa teológica. De ella surge una sociedad organizada según el modelo del cielo de Laplace, la mecánica analítica de Lagrange, la medicina de Bichat y Broussais. En cuanto a la matemática, Comte la colocó en el nivel fundamental de la ciencia, porque no presupone ninguna otra disciplina. Así, consideró la aritmética y la teoría de los números como presuposiciones para la geometría y la mecánica, astronomía, física, química, biología (incluyendo fisiología) y sociología.

Con los paradigmas que emplea Comte, la sociedad hereda un tipo estable donde el equilibrio sólo se pierde para ser recuperado en un movimiento idéntico al de la ley natural, cuya

noCIÓN filosófica "consiste en localizar la constancia de la variedad" (*Système de politique positive*, II, 41). Comte eleva esta invariabilidad a calidad de dogma. El timbre de honor de la física-social es que corona el sistema. Su falla de caja consiste en que para ser tenida por ciencia debe responder a los cánones del método científico empleado por las ciencias fisisco-naturales.

Al definir de este modo la sociedad con los parámetros de la ciencia natural, ambos sistemas se cohesionan en un mismo crisol, todo indivisible donde la práctica social referida al cambio y a la transformación estructural no tiene otro espacio que el condicionado por una regulación inexorable. El punto de referencia de esta regulación no está ni en la subjetividad o introspección de los hombres, como lo creía la psicología de Mill, ni en los modos históricos con que producen sus medios de vida según sus sucesivas formaciones sociales, como lo postulará Marx, ni en su voluntad, ni en su pura razón. Es más bien la necesidad fisisco-social la que somete esa voluntad a una regla inmutable, estática social que aplica la noción de progreso a la consolidación del orden. El endoso de social a lo físico da a la sociedad un sentido: este sentido es cósmico, de conservación de ritmos que ligan el progreso del orden al orden del progreso. Las evoluciones, los cambios y las rotaciones sociales son como ciclos astronómicos; reproducen invariantes y constancias serfadas. La idea de revolución, de conflicto y de antagonismo social se absorbe en la de armonía, en la de una sociedad coherente, armoniosa y cerrada que señala al mejoramiento de las condiciones sociales, los márgenes de adecuación a la disciplina industrial.

4. Cualquier inventario de las ideas básicas del proyecto positivista de Comte no podía prescindir de los siguientes elementos: sujección de los fenómenos sociales a leyes; renuncia a explicaciones teológicas o metafísicas; limitación del objeto del conocimiento a lo dado en la experiencia; teniendo lo real o ideal existente como lo único cognoscible; principio de la universalidad y unidad de la ciencia; principio de economía,

que repercutió luego fuertemente en Ernst Mach, que consiste en disminuir lo más posible el número de las leyes generales para explicar los fenómenos; especialización y división intelectual del trabajo, valor no sólo teórico sino práctico de la ciencia para prever: "science, d'ou prevoyance; prevoyance, d'ou action" (*Cours*, lección 2, 35, cf. *Discurso sobre el espíritu positivo*; apartado III, punto 3, "Destino de las leyes positivas: previsión racional").

En este último trabajo Comte no tenía tanta seguridad como en el *Cours* de la univocidad semántica de la palabra "positiva" o "positivismo", lo que lo induce a dar en el capítulo III, punto 1, un catálogo de acepciones. Se entiende por "positivo: 1) lo real por oposición a lo quimérico; 2) lo útil por oposición a lo ocioso, 3) lo cierto por oposición a lo indeciso. Aptitud de constituir la armonía lógica en el individuo y la comunión de la especie entera, en lugar de aquellas dudas indefinidas y de aquellas discusiones interminables suscitadas en el antiguo régimen mental; 4) lo preciso por oposición a lo vago y a opiniones apoyadas en autoridades sobrenaturales; 5) es positivo lo que se opone a lo negativo; tiende a organizar y no a destruir; 6) finalmente, lo verificable en lugar de lo no comprobable, lo que tiene el sentido de sustituir lo absoluto por lo empíricamente relativo.

5. Los principios comteanos repercutieron en la mayor parte de las disciplinas científicas, no menos que en la filosofía. En el campo jurídico, no incluyó al derecho en su taxonomía debido a que si adoptaba los derechos positivos como productos de la voluntad y el arbitrio humanos, escindiéndolos —como lo hace el positivismo jurídico contemporáneo— de las condiciones de su existencia histórica y social, o apreciándose a la manera de la teoría pura del derecho de Hans Kelsen como neutrales a la sociología, quebraba lo más riguroso de la lógica de su sistema, según la cual la ciencia social precisa de leyes inscriptas en la naturaleza en general o en la naturaleza física del hombre y no en su voluntad, o en la voluntad del legislador. Y si, por el

contrato, relegaba este orden siempre-legislado se hubiera mantenido con consistencia en el orden físico-natural, pero al precio de renunciar a lo más observable del orden jurídico positivo: las normas dictadas por los órganos con facultades legisladoras. A pesar de este dilema, no dejó de influir en el pensamiento jurídico positivista, reacio sin embargo, en general, a admitir la herencia comteana. Por eso pueden aceptarse, en este ámbito y con estos límites, influencias del positivismo clásico sobre el utilitarismo de Jeremy Bentham, el imperativismo de Austin, la escuela francesa de la exégesis, la teoría de los intereses de Roscoe Pound, el realismo norteamericano de Holmes, el escandinavismo de Linstedt, Olivecrona y Ross, hasta el conceptualismo de Kelsen, con huellas tanto neokantianas como positivistas lógicas, y la iusfilosofía integrativa de Hall. En esta esfera, los caracteres más fuertes del positivismo se manifestaron, de cualquier modo, en la criminología y la antropología penal, repercutiendo fuertemente en la escuela de Cesare Lombroso, Enrico Ferri y en múltiples pensadores argentinos de principios de siglo que le dieron, con mayores o menores reformas, recepción. Tales los casos de José Ingenieros, Alfredo L. Palacios, Carlos Octavio Bunge, Ernesto Quesada, Norberto Piñero, Francisco Ramos Mejía, Juan P. Ramos, Eusebio Gómez, José Peco y Moyano Galcithia.

En la sociología su obra repercutió en Émile Durkheim, Gabriel Tarde, Georg Simmel, aunque éste rechazara el positivismo contemporáneo, en Simonde de Sismondi (*Nouveaux Principes*, 1929), con quien coincidió en la crítica al liberalismo y la economía política clásica, y en Herbert Spencer, quien fue uno de los que más se negaron a reconocer cualquier cualquier deuda en el concepto de organismo social (*Social Statics*), aseverando, en *Reasons for Dissenting from the Philosophy of M. Comte*, no haber leído nunca a Comte. Otro ejemplo relevante del impacto del positivismo lo constituyó el behaviorismo, la psicología conductista, especialmente representada por los trabajos de John B. Watson, Walter S. Hunter y B.F. Skinner.

En el contexto científico-natural, como antes recordáramos,

Moulines remite la génesis del positivismo lógico a las investigaciones de las ciencias empíricas, pudiendo percibirse tres fases en la evolución de la corriente positiva,

La primera es la del protopositivismo francés, generado por el fermento filosófico derivado de la física newtoniana, el mecanicismo geométrico cartesiano y el empirismo británico. Las generaciones de geómetras formadas alrededor de D'Alembert, si bien su programa consistía en una reconstrucción crítica y unificada del conocimiento empírico comparándolo a batalla contra la metafísica, se separaban de Comte al ver metafísica allí donde éste no la percibía: en los fundamentos de la ciencia misma, en especial, en los de la mecánica. El cambio de valoración hacia la mecánica comienza en 1860, dejando de percibirse sus elementos básicos de espacio, tiempo, masa y fuerza como nociones evidentes. En este movimiento negativo se enrolan Hermann von Helmholtz, G. Kirchhoff y H. Hertz, autores en los que aparecen tesis positivistas como la necesidad de lograr una unificación lógica de las ciencias, el rechazo a la metafísica y la restricción de lo confiable sólo a los hechos observables. Estos autores, junto con G. Frege y L. Wittgenstein, son los verdaderos ancestros del positivismo vienes contemporáneo.

Coincidiendo con esta enumeración genética, y con el contenido de sus trabajos que Moulines desarrolla con precisión y conocimiento cabal, se podría mencionar la actitud de algunos de los positivistas vieneses más radicalizados que propusieron abandonar desde el primer momento el término "filosofía", según lo refiere el mismo *Manifiesto científico universal* del Círculo de Viena, cuando se refiere al trabajo de los integrantes de la concepción científica del mundo, con el fin de demarcar más fuertemente lo que los opone a la filosofía de los sistemas (metafísicos).

Debe observarse, finalmente, que no obstante todas las reticencias que se han levantado al reconocimiento del papel de Augusto Comte en la historia de las formas modernas del positivismo, este mismo *Manifiesto* establece una distinción entre el Comte del *Cours* y el del *Sistema de filosofía positiva*,

por una parte, y lo que se conoce como segundo Comte. Es decir, el Comte del *Catéchisme positiviste* (1852) el que, torciendo su perspectiva, estuvo a un paso de erigirse en gran pontífice de la humanidad, el inspirador de la religión positivista, del *Gran Être*, con ideas impregnadas de impacto emocional, consideradas inconsistentes por sus biógrafos y vinculadas a las vicisitudes de su vida privada, como su crisis nerviosa de 1826, la ruptura con Clotilde de Vaux en 1846 y la muerte de ésta en 1847.

A la luz de la metáfora de Wittgenstein, los miembros del Círculo de Viena debieron muy probablemente considerarlo en este período como el filósofo cuyo "pensamiento se fue de paseo". Pero con equidad y justicia histórica se negaron a juzgar a Augusto Comte por este "segundo Comte", dejando consignada en forma positiva su contribución a la concepción científica del mundo. Pero nunca se pronunciaron sobre la validez de uno de los aspectos trazados por este Comte, alrededor de su relación con Clotilde, que reapareció como problema en la última etapa del pensamiento de nuestro siglo: el enlace entre los intereses estéticos y científicos, que debía acuñar su modelo de allí en más.

JOSE INGENIEROS: EL ALIENISTA, SU LOCO Y EL DELITO*

*¿Y ahora qué? En cerco tenebroso me
han de perseguir la Angustia y el Misterio.
Me perseguirán los perros que no duermen
jamás. Con ímpetu sanguinario y ávidas
fauces, a mí, que ignoro la causa y la misma
ley que he quebrantado.*

Lewis Carroll, *Las tres voces.
Matemática demente.*

Angustia y Misterio, persecución, ignorancia de la causa, quebrantamiento de la ley, he aquí agrupados en el alucinante (o sea, extremadamente real) lenguaje de Carroll, los caracteres que acompañan a la sinrazón desde la más remota antigüedad.

El conjunto formado por esos caracteres resulta a primera vista extraño y ambiguo, sin duda, ya que se amalgaman figuras que parecen remitir la locura a distintos universos de experiencia. Así, mientras la Angustia y el Misterio inscriben la locura en un universo de experiencia cósmica, las otras —quebrantamiento de la ley, faltas en el dominio de la ética— la conducen al universo de la responsabilidad individual.

En *Historia de la locura*, Michel Foucault describe en forma muy sugere los dos universos: en el primero, la locura es la locura trágica del mundo, donde las figuras de los extraviados hablan la extraña alquimia de los saberes, las sordas amenazas de la bestialidad (las ávidas fauces de los perros que no duermen jamás) y el fin de los tiempos. En el segundo, la locura cambia de escala. No es ya la manifestación de una potencia oscura que desde los cuatro vientos amenaza con la destrucción del mundo. Más bien, subvierte su orden, entra en las formas del Código y la Interdicción. Pasa de la Naturaleza a la Sociedad.

* Publicado en *Todo es historia*, 173, octubre de 1981.